CIENCIA POLITICA Y TEOLOGIA

Santo Tomás de Aquino nos ha dicho que “la Ciencia Política considera la ordenación de los hombres”;¹ que “considera las operaciones de la multitud civil”;² y le pertenece “la consideración del último fin de vida humana” en grado máximo y en razón de ser la ciencia principalísima entre las activas,³ afirmación que repite en muchas ocasiones, donde dice, *verbi gratia*, que “el mejor de los bienes humanos, esto es, la felicidad, es el fin de la Política, cuyo fin manifiestamente es la operación según la virtud”.⁴

La Política, como ciencia práctica que es, posee pues por finalidad la instauración de la vida virtuosa entre los hombres, bien de naturaleza de los mismos ya que la inclinación a la virtud conviene al hombre en su índole de ser racional⁵ que es, a su vez, carácter distintivo de su esencia. Por su parte, la vida virtuosa hace posible la felicidad humana, que consiste, como en su primer grado en aquélla, grado enderezado a la felicidad especulativa “a la que la entera vida política se considera ordenada”,⁶ pues “mediante la paz, que se estatuye y conserva por el ordenamiento de la vida política, se da a los hombres la facultad de contemplar la verdad”.⁷

Siguiendo al Estagirita, enseña Santo Tomás que el bien final de cualquier cosa ha de buscarse en su operación propia con los caracteres de continuidad y perpetuidad, razón por la cual termina definiendo la felicidad como “la operación propia del hombre según la virtud en la vida perfecta”.⁸

¹ Prólogo al *Comentario de los libros políticos de Aristóteles*.

² *In I Eth.*, lect. 1, N° 6.

³ *Idem*, lect. 2, n° 30-31.

⁴ *Idem*, lect. 14, n° 174.

⁵ Vid. *S.T.*, I-II, q. 85, art. 2.

⁶ *In X Eth.*, lect. 11, n° 2101.

⁷ *Ibid.*, y n° 2102.

⁸ Vid., *In I Eth.*, lect. 10, n° 119-130.

Pero este fin de la Ciencia Política, la felicidad humana, último fin indudablemente en el orden natural, ¿carece de ordenamiento a otro fin superior, esto es, se termina en sí mismo? La contestación debería ser afirmativa si no existiera para el hombre nada más que el orden de la naturaleza, mas como el sobrenatural se nos impone como una verdad de fe, se sigue que aquel bien, el de la felicidad del hombre, ha de estar ordenado a Dios, fin último del universo, donde nada existe encerrado en sí mismo, sino en comunicación con lo superior y con lo inferior.

Para consideración de esta verdad y de las relaciones entre la Teología, íntimamente conectada con la Revelación, y la Ciencia Política, que han de ocuparnos en nuestra exposición, es conveniente transcribir íntegramente algunos pasajes de la enseñanza del Aquinate:

“Como la institución de la ciudad o del reino se toma convenientemente de la forma de la institución del mundo, así también la razón del gobierno ha de sacarse de la gobernación del mundo. Pero ha de considerarse previamente que gobernar es conducir convenientemente lo que se gobierna al fin debido. Así, también, se dice que una nave es gobernada cuando la industria del piloto la conduce, ilesa, por el itinerario recto al puerto. Por consiguiente, si algo se encuentra ordenado a un fin fuera de sí mismo, como la nave al puerto, pertenecerá al oficio del gobernante no solamente conservar ilesa la cosa en sí, sino también la ulterior conducción al fin. Mas si hubiere algo cuyo fin no se hallare fuera de sí mismo, en este caso la intención del gobernante tendería únicamente a conservar aquella cosa ilesa en su perfección. Y aunque nada de esta índole se encuentra en las cosas después de Dios mismo, que es el fin de todas, sin embargo, respecto de lo que se encuentra ordenado a algo extrínseco, se proporciona un cuidado por diversos y de muchas maneras, pues uno podrá tener a su cargo lo conservación de la cosa en su ser, y otro el conducirla a una perfección más alta, como en el ejemplo de la nave, en que manifiestamente aparece de dónde se toma la razón de gobierno. En efecto, el obrero carpintero tiene a su cargo la restauración de la nave si se hubiere producido en ella alguna avería; en cambio la solicitud del piloto recae sobre la conducción al puerto. Así también ocurre en el hombre, puesto que el médico cuida de que su vida se conserve en salud, el ecónomo de que se le proporcionen las cosas necesarias a la vida, el doctor de que conozca la verdad, el moralista de que viva según la razón. Y si el hombre no estuviera ordenado a otro bien exterior, le bastarían los cuidados dichos”.

“Pero existe para el hombre, mientras vive en este mundo, cierto bien exterior, es decir, la última beatitud, que se espera después de la muerte en la fruición de Dios porque, como dice el Apóstol en la epístola segunda a los de Corinto, verso 6 cap. 5,: “Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor”. De aquí que el hombre cristiano, que ha adquirido esta beatitud por medio de la sangre de Cristo y que para alcanzarla ha recibido la garantía del Espíritu Santo, ha menester de otro cuidado espiritual mediante el cual sea dirigido al puerto de la salud eterna. Y este cuidado se presta a los fieles por los ministros de la Iglesia de Cristo.”

“Más es preciso que el juicio que se haga acerca del fin de toda la multitud sea el mismo que sobre el de uno solo. Por consiguiente, si el fin del hombre fuese un bien cualquiera existente en sí mismo, también el fin último del regimiento de la multitud sería, de igual manera, que la muchedumbre adquiriera tal bien, y en él permanezca; y si el tal último fin, ya sea de un solo hombre, ya de la multitud, fuese corporal, la vida y la salud del cuerpo, estaría a cargo del médico. Y si el último fin fuese el amontonar riquezas, el economista sería el rey de la muchedumbre. En cambio, si el fin último que pudiera alcanzar la multitud fuera el bien del conocimiento de la verdad, el rey tendría oficio de doctor. Mas se considera que el fin de la multitud reunida en sociedad, es el vivir según la virtud. En efecto, los hombres se asocian entre sí para vivir juntos una vida buena, lo que no podría conseguirse viviendo cada uno singularmente. Y la vida buena lo es por la virtud. Por lo tanto, la vida virtuosa es el fin de la sociedad humana.”

“Señal de esto es que únicamente son partes de la muchedumbre asociada, quienes participan entre sí en la vida buena. Efectivamente, si los hombres se reunieran en razón del solo vivir, los animales serían una parte de la sociedad civil y si lo hicieran en razón de adquirir riquezas, todos los comerciantes juntos pertenecerían a una ciudad: como vemos que se cuentan en una muchedumbre solamente a quienes son encaminados a la vida buena por las mismas leyes y el mismo régimen. Mas como el hombre al vivir según virtud, se ordena a un fin ulterior, que consiste en la fruición divina, como ya dijimos más arriba, es necesario que el fin de la muchedumbre humana sea el mismo que el de un solo hombre. Por tanto, no es el último fin de la multitud reunida en sociedad el vivir según virtud, sino mediante la vida virtuosa llegar a la fruición divina. Y si se pudiese llegar a este fin por la virtud de la naturaleza humana, necesariamente resultaría la pertenencia al oficio del rey el conducir a los hombres a este fin, pues con el nombre de rey indicamos a quien se ha confiado el más

alto regimiento en las cosas humanas. Mas un régimen es tanto más sublime cuanto se ordena a un fin ulterior, porque siempre encontramos que aquél a quien atañe el último fin, impera a los que obran lo que se ordena al fin último, como el piloto, a quien pertenece disponer la navegación, manda al que construye la nave qué calidades debe darle para que sea apta para la navegación; y el hombre civil que usa armas, ordena al armero cuáles ha de fabricarle. Mas como el fin de la fruición divina el hombre no lo alcanza mediante la virtud humana, sino por la virtud divina, conforme aquello del Apóstol (Rom. 6,23): "La gracia de Dios es vida perdurable", el conducir a aquel fin no es de régimen humano, sino divino. Por consiguiente, un régimen de esta índole atañe a aquel rey que no es solamente hombre, sino también Dios, vale decir, a Nuestro Señor Jesucristo, que al hacer a los hombres hijos de Dios los introdujo en la celestial gloria."

"Este es pues el regimiento que le ha sido confiado, el cual no ha de corromperse, razón por la cual en las Sagradas Escrituras se lo llama no sólo Sacerdote, sino también Rey, diciendo Jeremías (23,5): "Reinará el Rey y será sabio", de donde resulta que el sacerdocio real de El se deriva. Y, lo que es más, todos los fieles de Cristo, en cuanto son sus miembros, se dicen reyes y sacerdotes."

Mas el servicio de este reino, para que las cosas espirituales fueran distinguidas de las terrenas, no ha sido confiado a los reyes terrenos, sino a los sacerdotes, y principalmente al Sumo Sacerdote, sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, Romano Pontífice, a quien es necesario estén sujetos todos los reyes del pueblo cristiano, como al mismo Señor Jesucristo. Así, pues, deben estar sometidos al que tiene el cuidado del fin último, aquellos a quienes pertenece el de los fines antecedentes, y ser dirigidos por su mandato. Por tanto, como el sacerdocio de los gentiles y todo el culto de las cosas divinas era en razón de la adquisición de bienes temporales, los que todos se ordenan al bien común de la muchedumbre, cuyo cuidado incumbía al rey, resultaba congruo que los sacerdotes gentiles estuvieran sometidos a los reyes. También, como en la ley antigua se prometía el alcanzar bienes terrenos, no por los demonios, sino por el Dios verdadero, el pueblo religioso resultaba asimismo que en esa ley se lee estaban los sacerdotes sometidos a los reyes. En la nueva ley existe un sacerdocio más alto, por el cual los hombres son conducidos a los bienes celestiales, por donde en la ley de Cristo, los reyes deben estar sometidos a los sacerdotes."

"Razón por la cual admirablemente hizo la divina providencia que en la ciudad de Roma, a la que Dios previó como la sede futura principal del pueblo cristiano, se introdujera poco a poco la costumbre de que los rectores de las ciudades estuvieran sometidos a los sacerdotes."

En efecto, como refiere Valerio Máximo “nuestra ciudad estimó siempre que todas las cosas habían de posponerse a la religión, aún aquellas en que deseaba se mirara el decoro de la majestad suma. Por esta razón, no dudaron los emperadores servir al altar, estimando así que se aseguraban el regimiento de las cosas humanas, si servían bien y constantemente al poder divino. Y también, como en Francia la religión del sacerdocio cristiano habría de tener mucho vigor y florecimiento, fue divina permisión que entre los galos los sacerdotes gentiles, denominados druidas, dieran las leyes a la entera Galia, como refiere Julio César en su libro *De bello Gallico*.”

* * *

Después de estas consideraciones, que abarcan el capítulo XIV de la obra titulada *De Regno (De Regimine Principum)* Santo Tomás discurre así en el capítulo siguiente:

“Como la vida buena de los hombres en este mundo se ordena a la que esperamos feliz en el Cielo, así, como a su fin, se ordenan al bien de la multitud cualesquiera bienes particulares que procura el hombre, sean riqueza, lucros, salud, elocuencia o erudición. Por consiguiente, como hemos dicho, el que tiene a su cargo el cuidado del fin último, debe estar a la cabeza de aquellos que cuidan de las cosas ordenadas al fin, y dirigirlos con su imperio, resulta evidente por lo dicho que el rey, así como debe estar sujeto al dominio y régimen que se administra por el oficio del sacerdote, de la misma manera debe estar a la cabeza de todos los oficios humanos, y ordenarlos con el imperio de su régimen. Mas aquel a quien incumbe la perfección de algo que está ordenado a otra cosa como a su fin, debe mirar que su obra convenga a ese fin: así, el obrero debe hacer la espada de manera que convenga a la lucha, y el que edifica una casa disponerla de modo que sea apta para habitarla. Por consiguiente, como el fin de la vida buena que en el tiempo vivimos, es la beatitud celestial, al deber del rey atañe, por esta razón, el procurar la vida buena de la multitud según lo conveniente a la consecución de la bienaventuranza celestial, vale decir, que ordene aquellas cosas que a ella conducen, y prohíba, en lo posible, lo que le es contrario. Mas cuál es el camino de la verdadera bienaventuranza, y cuáles son sus impedimentos, se conoce por la ley divina, cuya enseñanza pertenece al oficio de los sacerdotes, según aquello de Malaquías (2,7): “Los labios del sacerdote guardarán la sabiduría, y la ley buscarán de su boca”. Y por eso en el Deuteronomio (17,18), el Señor prescribe: “Y después que estuviese el rey sentado en el solio de su reino, escribirá para sí un Deuteronomio de esta ley en un libro, recibiendo un ejemplar de los sacerdotes de la

tribu de Leví, y lo tendrá consigo, y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor Dios suyo, y a guardar sus palabras y ceremonias como están mandadas en la ley.”

De toda esta enseñanza, que contiene ya la doctrina de la Bula dogmática de 1302 “Unam Sanctam” de Bonifacio VIII,⁹ y la clara indicación de los dos dominios espiritual y temporal, independiente, pero subordinado el segundo “ratione peccati” al primero, se desprende que si bien el fin último de la Ciencia política es la felicidad de la vida humana, en otros términos, el bien común, este fin reviste calidad de último en el orden natural, y no así en el sobrenatural; y que este fin de la política está informado por las exigencias de la beatitud eterna, razón última, en definitiva, de la instauración de la vida virtuosa. Y aquí valen no sólo los motivos dados, y los de la Teología de la fe toda, sino también los del orden cosmológico, ya que en el universo no hay bien alguno creado que no se abra según el plan divino, a una constante y fecunda comunicación con las esencias que le son superiores e inferiores.

Por ello, ha podido afirmar Santo Tomás por una parte, que “no es el fin último de la multitud reunida en sociedad el vivir según virtud, sino mediante la vida virtuosa llegar a la fruición divina”, y que “el fin de la vida buena que al presente vivimos, es la beatitud celestial”, y por otra parte y al mismo tiempo en los Comentarios a la *Ética* nicomaquea, y en la *Suma Teológica*,¹⁰ diga, repitiéndolo tantas veces, que la Ciencia Política considera las acciones de la multitud para imponerles la ordenación propia del fin último de la vida humana, la felicidad, que consiste primero en la vida virtuosa y principalmente en la vida contemplativa.

De ello se deduce una importante consecuencia, que Santo Tomás enuncia al tratar de la dignidad de la Teología:¹¹ “Esta Ciencia (la Teología) es más digna que las ciencias prácticas, pues no se ordena a un fin ulterior, sino que a ella como a su fin se ordenan las demás, como a la Ciencia Política la militar, ya que el bien del ejército se ordena al bien de la ciudad. Mas el fin de esta doctrina, en cuanto es práctica, es la beatitud eterna, a la cual como al último fin se ordenan todos los otros fines de las ciencias prácticas.”

Por consiguiente, tanto el fin de la *Ética* “monástica” (Aristóteles), que consiste en la ordenación del hombre individual según la felicidad, como el fin de la Política, que estriba en la ordenación de los hombres según la felicidad o bien común temporal, se encuentran subordinados u ordenados bajo el fin de la Teología, que es bien común extrínseco

⁹ Vid. *Denz.* 468/69.

¹⁰ Vid. v. gr. I - II, q. 90, art. 2 y ad 3 m.

¹¹ I, q. 1, art. 5.

del universo, Dios, al que conoce instrumentalmente con la razón, pero bajo la luz o "ratio formalis" de deidad revelada.

De aquí que la Teología, a la que atañe la consideración, y, como ciencia práctica, la consecución, del fin último sobrenatural, es ciencia subalternante de la Política y de la Ética individual, y en general de toda la Filosofía Moral. Y esta subalternación de la Política a la Teología, no es únicamente según un modo impropio, o sea por razón del fin, donde a veces hay sólo servicio e imperio, y no dependencia en la manifestación de la verdad, en que estriba propiamente la subalternación de una disciplina a otra,¹² sino también por parte de los principios, en cuanto el fin tiene razón de tal "pues el fin según el Filósofo, en el orden del obrar humano (in operabilibus) tiene razón de principio".¹³

No abandona por ello la Ciencia Política su objeto material, que son las acciones de la multitud civil, ni su objeto formal, esto es, el aspecto de relación o referencia entre aquellas acciones y el bien común, ni tampoco su luz especial bajo la cual conoce, mejor dicho, sabe su objeto. La Ciencia Política permanece siempre en el plano del orden natural, de la vida temporal, pero como no puede desconocer la realidad existencial de las acciones humanas, so pena de tener un conocimiento incompleto o, quizás accidentalmente falso de su objeto, ha de pedir necesariamente auxilio a la Teología en lo que ésta enseña sobre la verdadera condición del hombre y la existencia del fin último sobrenatural, así como los medios para alcanzarlo, como fin superior al propio, al que éste se halla íntimamente subordinado.

Con ello, la Ciencia Política no deja de ser, por lo tanto, una ciencia de lo temporal, pues la consideración de la razón sobre el sujeto político no es fruto de una elevación de aquella a manera de instrumento de lo sobrenatural, como sucede en la Teología, sino de una rectificación y complementación de la inteligencia política respecto de su objeto, la que se encuentra así elevada sobre el mero plano natural en virtud de este contacto con lo sobrenatural, sin abandonar, repetimos, su índole de causa principal de la ciencia en cuanto ciencia del orden natural.

En realidad, la Ciencia Política por su subalternación a la Ciencia Teológica recibe las verdades de ésta *creyendo* en ellas, y, conforme a esta actitud, pretende no fallar en la consideración de la realidad política, su sujeto, ni, sobre todo, encontrarse en deficiencia relativamente a su propia esencia de ciencia práctica.

¹² JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus philosophicus*, t. I, 2ª p., q. 26, art. 2.

¹³ *De Veritate*, q. 15, art. 3.

* * *

En efecto, afirmamos que la Ciencia Política es una ciencia moral y por ende, práctica, porque su consideración no es meramente especulativa, sino que desde un comienzo tiende a la realización de su propio objeto: el orden de las acciones de la comunidad política para instaurarse según el principio primero de lo político, el bien común. La *realización* de un orden es absolutamente necesaria a la constitución en ciencia de toda ciencia práctica, y, por ello, de la Política. **No puede** haber una ciencia simplemente especulativa sobre el *obrar* humano, porque toda disciplina científica “especula” un orden, pero si éste no está dado en la naturaleza, es decir, no tiene de por sí realidad existencial, como es el caso del orden moral, ha de construirse en las acciones del hombre (conducta) o de la comunidad (orden político). El saber de una ciencia práctica lo es por su “eficacia”, según lo indica la misma etimología griega de la palabra.

Pero la ciencia Política ¿se encuentra en la imposibilidad de realizar su objeto, sin el auxilio de la Ciencia Teológica? En otros términos ¿puede la Política ordenar a los hombres de manera que instaure la felicidad entre ellos, independientemente de la Teología? ¿No puede haber una felicidad natural de la comunidad obtenida mediante los principios de una ciencia meramente natural, que sin desconocer la existencia y virtud de otra del orden sobrenatural, construya su propio objeto con las solas fuerzas naturales del hombre?

A estas cuestiones no puede responderse sino afirmando una cierta imposibilidad: la Ciencia Política, por sí sola, carece de la virtud necesaria a la adecuada y total construcción de su objeto.

Es que el objeto de la Política no puede alcanzarse ni construirse totalmente sin la luz de la Teología y sin los medios del orden sobrenatural. En primer lugar, el fin último sobrenatural, consiste en la visión beatífica, visión intuitiva y estrictamente quiditativa, aunque es también objeto de un cierto apetito natural (obediencial), en razón del objeto formal de nuestra inteligencia, no puede ser pretendido ni alcanzado sin la revelación sobrenatural y la gracia. Pero, como enseña Santo Tomás en el lugar arriba citado, “el fin de la vida buena que en el tiempo vivimos, es la beatitud celestial... la cual se conoce por la ley divina”. De aquí que el fin propio de la Ciencia Política, la felicidad humana, se encuentra ordenado, como su último fin, a la eterna bienaventuranza, objeto de la Teología.¹⁴

Ahora bien, lo que desempeña el papel de fin respecto de algo, tiene razón de principio ordenador del mismo. Por ello, sin el conoci-

¹⁴ Vid. I, q. 1, art. 5.

miento y la actuación de este fin no puede darse, por lo menos, la total congruente ordenación del ser. Consiguientemente, la felicidad humana no puede alcanzarse en plenitud sin el conocimiento y actuación en sus condiciones esenciales terrenas, del fin último sobrenatural. El bien común, como lo hemos caracterizado en otra ocasión,¹⁵ es el orden que luce en la comunidad como resultado de la instauración en la multitud, de la vida virtuosa y la preeminencia de la vida contemplativa, es decir, de la búsqueda habitual de la verdad.

Bien es cierto que la felicidad humana, hecha de vida virtuosa y principalmente de vida especulativa, la operación propia del hombre (Aritóteles), está ya dispositivamente por su misma esencia, ordenada al fin último sobrenatural, razón por la cual la gracia no destruye sino que perfecciona a la naturaleza. Pero es evidente, y lo demuestra la Historia, que el hombre por sus solas fuerzas naturales ni puede alcanzar un conocimiento total, y fácil de las verdades que hacen su felicidad, ni menos, sin el auxilio de la gracia divina, actuar las condiciones esenciales de esa misma felicidad.

En efecto, en el estado de naturaleza caída en que actualmente se encuentra el hombre, éste no puede realizar por sus solas fuerzas naturales lo más importante de su felicidad y que es como la ineludible condición de toda ella: amar a Dios sobre todas las cosas. ¿Se puede concebir una real vida virtuosa sin el amor de Dios por encima de sus creaturas? “Por consiguiente, ha de decirse —enseña Santo Tomás— que el hombre en el estado de naturaleza íntegra no había menester del don sobreañadido de la gracia a sus naturales bienes para amar a Dios naturalmente sobre todas las cosas, aunque necesitara para ello el auxilio de Dios que lo moviera; pero en el estado de naturaleza corrompida necesita el hombre también para esto el auxilio de la gracia que sana su naturaleza”.¹⁶

En segundo lugar, el hombre, como consecuencia del pecado original, herido en su naturaleza con cuatro llagas principales, ignorancia en su inteligencia, malicia en su voluntad, flaqueza en su apetito irascible, y concupiscencia en su apetito concupiscible,¹⁷ no puede con sus solas fuerzas naturales alcanzar su mismo fin último natural, porque no puede, sin la gracia, cumplir *todos* los preceptos de la ley natural, ni vencer las tentaciones graves. Sus mismas virtudes, las virtudes denominadas “adquiridas”, son como casa edificada sobre arena: nada hay

¹⁵ “Bien común y política en la concepción filosófica de Santo Tomás”, Comunicación al Primer Congreso Nacional de Filosofía, Mendoza, 1949.

¹⁶ I - II, q. 109, art. 3; Vid. también I, q. 60, art. 5.

¹⁷ I - II, q. 85, art. 3.

en ellas de realmente firme y estable y no pueden aguantar por mucho tiempo las consecuencias de la debilidad y heridas de la naturaleza, la que sin embargo, permanece como tal.

Santo Tomás enseña expresamente que las virtudes adquiridas (naturales), no son sino virtudes imperfectas,¹⁸ que carecen de conexión entre sí,¹⁹ las cuales “no son otra cosa que cierta inclinación existente en nosotros para hacer alguna obra del género de los bienes”, mientras las virtudes perfectas, que son únicamente las infusas, consisten en “un hábito que inclina a hacer bien la obra buena”.²⁰ Mas como esta división de las virtudes en perfectas e imperfectas es “porque (las primeras) ordenan al hombre al fin último absolutamente” y “porque (las segundas) ordenan bien al hombre respecto del bien último en algún género y no respecto del bien último absolutamente”, es decir, que “las virtudes adquiridas de las que han hablado los filósofos, se ordenan solamente a la perfección de los hombres en la vida civil” pues “el bien civil no es el fin último de las virtudes cardinales infusas, de las que hablamos, sino de las virtudes adquiridas, de las cuales hablaron los filósofos”,²¹ se sigue que la felicidad humana o bien común, que consta de muchos elementos, no puede alcanzarse totalmente por las solas fuerzas naturales y sin el auxilio de la gracia divina. No puede concebirse que un bien tan difícil de obtener como es el bien común, pueda realizarse con medios que son sólo virtudes en estado dispositivo y no esencial y habitualmente, por lo que carecen de la necesaria estabilidad para producir la vida virtuosa. Por aquí se alcanza pues la gravedad del error de las doctrinas políticas que de uno u otro modo niegan las devastadoras consecuencias del pecado original; o bien, de las teorías y sistemas que negando la Redención, apartan a Cristo y a su Iglesia de la vida política.

Finalmente, si el sujeto de la Ciencia política son las acciones humanas de la multitud civil, en la consideración de su objeto esta ciencia no dejará de recoger no sólo la verdad práctica del orden natural que lo es por su relación con Dios, autor de la naturaleza y del orden sobrenatural, sino también los elementos sobrenaturales que por su comunidad de origen y de fin, se encuentran en lo natural, como lo demuestra la historia del género humano, elementos que el político no podrá interpretar debidamente sin el auxilio de lo sobrenatural, siendo, sin embargo, totalmente necesaria su correcta interpretación para la felicidad humana, la grandeza de la patria y la visión clara y elevada de los rectores de la comunidad.

¹⁸ I - II, q. 65, art. 2.

¹⁹ I - II, q. 65, art. 1.

²⁰ I - II, q. 65, art. 1.

²¹ *De Virtutibus cardinalibus*, art. 4 y ad 3 m.

* * *

Pero la disciplina Política que ha interpretado correctamente, dentro de lo que es posible para un discurrir sólo natural, su propio sujeto, las acciones humanas, y sin el auxilio de la Teología ¿es una ciencia necesariamente falsa como alguien ha sostenido, vale decir, es una ciencia absolutamente inadecuada para conseguir su objeto, o es reductiva o dispositivamente una ciencia, a la que es preciso “completar”?

Acabamos de ver que la Política no puede constituirse en ciencia sin la subalternación a la Teología, dada su calidad de ciencia moral o práctica. Pero nos parece evidente que si la inteligencia ha construido sus conclusiones correctamente y con verdad dentro del orden natural, donde hay principios por sí válidos, no es un saber absolutamente inadecuado para conseguir su objeto, sino que aquellas conclusiones son dispositivamente una ciencia, pues son capaces de rectificarse en parte y completarse también en parte. Así, lo sobrenatural no viene a destruir lo natural, sino a perfeccionarlo donde le era menester.

Es preciso recordar que Santo Tomás enseña que en el estado de naturaleza caída el hombre no puede hacer *todo* el bien proporcionado a su naturaleza de manera que no falle en nada, pero puede realizar algún bien como ser racional, pues la naturaleza humana no fue totalmente corrompida por el pecado, esto es, privada del entero bien de naturaleza.²² Por su parte, las virtudes adquiridas, aunque no son virtudes perfectas como hemos visto, sino sólo inclinaciones existentes en el alma para producir algún bien, ni produzcan la *vida* virtuosa, inclinan por su propia naturaleza a lo que es bueno en sí. El bien lo es por su última referencia a Dios, autor de la naturaleza.

Este último hecho es fundamental: Dios es el autor de la naturaleza y del orden sobrenatural, y por ello, el bien común temporal concuerda con el bien común eterno, que es el mismo Dios. De aquí que cuando el filósofo conoce la naturaleza y sus fines, en lo que conoce, conoce bien y no falsamente: la especulación no necesita esencialmente del orden sobrenatural para constituirse en ciencia (especulativa). En el orden práctico, aunque, repitamos, se necesita de aquel orden para que haya verdadera ciencia, acaece algo semejante, en virtud de que toda ciencia práctica es también especulativa, como ya dijimos. Por eso, si la Política atiende convenientemente a las acciones humanas y a la verdad de los hechos, no puede dejar de contemplar, ni desconocer, el estado de naturaleza caída —y también redimida— del hombre, reflejado en lo que sucede, frente a sus exigencias de naturaleza. Habrá pues

²² I - II, q. 109, art. 2; vid. I - II, q. 85, art. 2 y las sesiones V y VI del Concilio de Trento.

aquí un principio de solución del problema del hombre y de la comunidad política. Por tanto, las conclusiones de esta disciplina se hallan en estado de disposición respecto de la ciencia y de manera alguna son algo internamente falso.

No otra cosa debió haber pensado Tanto Tomás, que con sostenida mano comentara la *Ética* y la *Política* de Aristóteles, el "Filósofo", a la autoridad de cuyas obras especulativas y prácticas hace constante referencia.

BENITO RAFFO MAGNASCO